

A diferencia de muchas personas, mi intención no era dedicarme a la ciencia como entendíamos la ciencia siendo niñas (esa gente de bata y probetas en un laboratorio, haciendo explotar cosas...) A la pregunta de “¿Qué te gustaría ser de mayor?”, nunca supe muy bien qué responder porque a veces pensaba en ser enfermera y otras veterinaria, también editora, quién sabe. Quería que mi aportación fuera útil para la sociedad y poder ayudar a las personas o a los animales, levantarme todos los días con una ilusión inquebrantable.

Ya en el colegio, en el CEIP Alfonso X El Sabio, me encantaba el silencio y la lectura y fue ahí donde descubrí mis primeros libros de poesía infantil que alternaba con libros de perfil cada vez más gordo en las calurosas tardes de verano.

También, a diferencia de otras tantas personas, la trayectoria estudiantil no estuvo marcada por el éxito y la ilusión, más bien por una serie de suspensos casi en continuo que hizo que la desmotivación se instalara en mí a una edad muy temprana. Este factor junto a la ineptitud de algunos profesores del IES Ibáñez Martín, jugaron un papel clave en mi desidia a la hora de decidir “qué quería ser de mayor”. Por suerte, algunos profesores (los que menos), supieron apreciar que en el suspenso no radicaba mi verdad y fue por eso por lo que empecé a admirar a Don Manuel Tafalla haciéndonos brillar con su prisma junto a la ventana, explicándonos los misterios del cuerpo humano y la belleza de los ecosistemas. Me acompañó casi cada año de instituto las clases irremediablemente finitas de Don Juan Ramón Barat, quien sacó a relucir mi semilla del amor hacia las letras y la pulió a base de poemas hechos canciones y clases teatralizadas.

Me decidí a hacer ciencias en el instituto a pesar de los suspensos perennes en matemáticas, física, química e incluso biología (esas leyes no escritas de que “las ciencias tienen más salidas laborales que las letras” y blablablá). Así que abandoné la historia y la literatura que tanto me entusiasmaba para seguir por el arduo camino de las ciencias con un futuro que me parecía más que desalentador. Cuando todo el mundo parecía tener claro su sino, a mí me preocupaba no llegar al 5 en las ecuaciones de segundo grado, y siempre me mantuve a la sombra en clase, pasando desapercibida en un sistema educativo que nada beneficia al que queda relegado.

A pesar de los comentarios continuos de muchos profesores de que abandonara los estudios (sin un FP siquiera que barajar), seguí con un ánimo desconocido hacia la idea de la universidad eligiendo al fin algo que pudiera encajar con mi carácter y mi sueño de levantarme cada día con plenitud hacia un oficio. Puestos a elegir, las Ciencias Ambientales me ofrecieron el camino de mezclar ciencias y letras. Me apasionaba la carga de derecho ambiental y asignaturas más densas y plomizas que lograran aparecer y que pudieran dejar a un lado mi sensación de desagrado a lo que había entendido durante años en el instituto como “ciencias”.

Mi padre, quién dedicó sus mañanas de domingo a enseñarme el reflejo del sol en el Cejo de los Enamorados junto al limitado riego de los pinos en Los Pilones, me decía que al final me iba a parecer al gran Félix Rodríguez de la Fuente con esta fuerte dialéctica y un aprecio más que notorio hacia la naturaleza que nos rodea. Y no le faltó la razón, aunque las comparaciones son odiosas claro, Félix era un grande entre los grandes. Tampoco tenía referencias siquiera de mujeres que pudieran hacer un trabajo tan castigado y físico como es la conservación a pie de campo. Es más, nunca entró en mi ideario.

Ahora, que tras 5 años de trabajo, multitud de experiencias y una carrera de ciencias bajo el brazo (para aquellos profesores que jamás lo pensarían), ahora sí puedo decir que se cumple lo dictado al inicio, lo de “levantarme todos los días con una ilusión inquebrantable”.

Veo el silencio de los amaneceres cada día en diversos espacios protegidos, me veo inmersa en las relaciones que establecen los ecosistemas y el vaivén de las aves en el cielo cada tarde volando a sus dormideros. Disfruto del sentido de la vida y de la lentitud de las cosas, sobre todo, en la vida silvestre. Estudio mediante aparatos la migración y los movimientos de las aves marinas amenazadas del Mediterráneo y de peces en severo estado de peligro de extinción a nivel global. Analizo y redacto informes que pueden ayudar a diferentes especies de flora y de fauna a salir de la amenaza y de la extinción porque sin haberme dado cuenta, he conseguido lo ansiado y parte de mi sino; ayudar a los animales y a la naturaleza, y por consiguiente al ser humano.

Imagino que en esto radica el sentido de las cosas; el no hacer caso al ruido ajeno, el dejarse llevar por la inquietud y, sobre todo, el dejarse sorprender.